



PROLOGO

Al piadoso lector

ESTE librejo se ha escrito para tí; lector devoto; y si no eres devoto ni piadoso, dígotelo desde ahora que lo sueltas, como cosa que no te pertenece; mas si no quieres hacerme caso y te empeñas en leerlo, dejaré por cortesía que satisfaga tu curiosidad, para no exponerme á tener una bronca contigo. Y puesto que para entretenerte coges en tus manos una novela; dichoso se está que serás persona desocupada y curiosa, sobre todo si eres mujer, y por consiguiente que desearás ver algo de lo que en él se contiene, pero... ¿y si después no te gusta? ¿No valdrá más que lo dejes? ¿No quieres dejarlo? ¡Pues allá tú! Ahí lo tienes con libertad para que lo leas, si te gusta; ó lo sueltas, si te desagrada; que yo por mi parte quedo tan satisfecho de lo primero como de lo segundo. ¡Adiós!



LIRIOS DEL VALLE

ó LOS

AMANTES DE LA VIRGINIDAD.



CAPITULO I

Machacar en hierro frío

Adoña Fernanda le parecía muy puesto en razón que la menor de sus hijas, recién llegada del colegio, donde había pasado cuatro años y cumplido quince, estuviera encaprichada con las monjas que le sirvieron de maestras y enamorada de la vida del claustro, como ella decía; pero á su marido, que tenía sobre la chica planes más egoistas y miras algún tanto interesadas, le irritaban aquellos caprichos y le sentaba malísimamente el ver que su hija había salido del convento inclinada á la vida religiosa. La madre se deleitaba oyéndola contar los propósitos que traía, y el plan de vida que había de adoptar: acostarse temprano y madrugar mucho, para hacer

media hora de oración y oír misa por las mañanas; rezar el rosario por las tardes con las criadas, para enseñarlas á ser buenas, y por la noche recogerse pronto para hacer examen de conciencia y otra media horita de oración: y luego, echándose al cuello de su madre y hablándole muy bajito al oído, añadía que observaría ese método, mientras estuviera en casa, porque ella tenía el firme propósito de ser religiosa. Esto, dicho en un tono confidente y en medio de mil besos y caricias, embelesaba á doña Fernanda que acababa siempre abrazando á su hija y diciéndole con el tono más alto del entusiasmo y del cariño: ¡Eres un ángel! ¡Vida mía! ¡Cielo mío!

El padre, por el contrario, cada vez que observaba aquellas confianzas de hija y madre, se ponía de mal humor, y hasta le sacaba de tino el pensar que los caprichos monjiles de la muchacha podían destruir sus proyectos. Semejante á ciertos médicos que todas las llagas quieren curarlas quemando ó cortando, el mal aconsejado padre trató de curar radicalmente y de una vez lo que llamaba manía de su hija. Esta, sin contar con la huésped, y creyendo encontrar en él el mismo recibimiento que en su madre, deseaba comunicarle también sus resoluciones; pero el padre deseaba mucho más que ella la tal comunicación, para

echarle una riña tremenda y sacarle de la cabeza por fuerza ó de grado la grandísima tontería de querer ser monja.

Un día que ella estaba preparando ciertas piezas para vestirse de "religiosa," y dar á su madre una sorpresa, en el momento mismo en que acababa de ponerse una que le servía de toca, entró su padre malhumorado, y al verla mudó de color y dió evidentes muestras de enfado. La pobre niña se arrancó de pronto aquel traje postizo, y se acercó tímidamente hacia su padre preguntando: Papá, ¿no le gusta á V. que sea monja?

—¡No y no!—respondió él seca y desabridamente.

—Pues yo quiero ser religiosa.

—¡Religiosa tú! ¿monja una hija mía? ¡qué disparate!

—Pues yo quiero ir al convento de las Reparadoras.

—¡Pues no irás, aunque te mueras!

—¡Pues sí que iré, si Dios quiere!

—¡Calla, insolente! ¿Eso es lo que has aprendido en el colegio? ¿Ese es el fruto que yo recojo de los miles que he gastado en tí? ¿Para eso confié yo tu educación á esas monjas hipócritas y especuladoras? ¿Para que te arranquen de mi lado con un gran dote y te hagan vestir el maldito velo, amargando mis últimos años, y turbando la paz de mi casa?

Y no tendré yo razón para ir y poner como un trapo á esas.

Aquí, sudando de coraje y balbuceando de rabia, se le escapó á mi hombre una palabra disonante. Su hija, toda afi-gida, no sabía lo que le pasaba, ni á cuál de sus dolores soltar las riendas; pues de saber que tres cosas le dolían en esta ocasión: la indignación de su padre, el desprestigio de sus maestras y el verse contrariada en lo que jamás pensó hallar oposición. Mas impulsada por los nobles instintos de su corazón y olvidada de sí misma, acercóse á su padre, y con profundo dolor, pero con santa energía, le dijo:

—Las monjas no han influido en mi determinación, y buena prueba de ello es que no quiero ir al convento donde me han educado, sino á otro que nada tiene que ver con él. No son las religiosas las que me llevan, sino Dios que me llama; es el claustro que me tira y me atrae; es el mundo que me espanta, me horroriza y me obliga á huir de él y á encerrarme en una celda. Si usted no me da licencia para entrar en convento, tendré que resignarme hasta que Dios quiera ablandar el corazón de V., ó esperar hasta que sea mayor edad, si antes no me proporciona el Señor lo que necesito para obedecer á su divina voluntad.

—¡Soberbia! ¡Mala hija! ¡Miserable!

—gritó él, levantando la mano como si le fuera á pegar.—¿Amenazas á tu padre? ¿A tu padre lecciones? ¿Esa es la humildad, esa la obediencia y el respeto que te han enseñado aquellas brujas con tocas? ¿No te avergüenzas de rebelarte contra mí, y decirme en mi cara que serás monja á pesar mío, aunque yo no quiera, el día que salgas de la patria potestad, si por fortuna no reviento antes?

—Yo no he dicho eso, contestó ella azorada.

—¡Calla, bribona!—repuso él furioso, dando violentamente en la cara con el puño vuelto á la pobre chica, que hizo grandes esfuerzos para no romper á llorar.—¡Calla, bribona! y quítate de mi presencia, si no quieres que haga contigo una locura. ¡Yo te aseguro que te he de sacar de los cascos esa manía, y esos necios caprichos con que te han entontecido aquellas holgazanas; hipócritas!

La pobre muchacha se ahogaba. No era ya la indignación de su padre, ni el desprestigio de las religiosas, ni el verse contrariada en su vocación lo que más le apenaba; más que todo eso le atormentaba el pensar que su padre no sería un buen cristiano, puesto que hablaba mal de las religiosas y se oponía al llamamiento divino que ella sentía en su

alma. Desgarrado su corazón con este cruel pensamiento, quiso hablar y no pudo, porque un sollozo amarguísimo le ahogó la voz en la garganta; los ojos se llenaron de lágrimas y cayó de rodillas ante un magnífico cuadro del Corazón de Jesús que allí estaba.

El padre aprovechó aquellos solemnes momentos, y tomando á su hija de la mano le preguntó con tono imperioso:

—¿Te arrepientes de haberme ofendido?

Y ella, cogiendo con sus manos la de su papá y llenándosela de besos y lágrimas, y mirándole con ansiedad y con mucha pena, respondió:—Si le he ofendido, con todo mi alma pido á V. que me perdone; pero las monjas no son.....

El la interrumpió tirándola de la mano y añadiendo con viveza:—¿Haces propósito firme de enmendarte y no darme otro disgusto?

—Mi vida daría yo por no disgustar más á usted; pero las monjas no.....

—¡Calla y dime! ¿me serás obediente en todo lo que te mande?

—Sí, papá, siempre y en todo lo que yo pueda, pero las.....

—¿Y me prometes dejar esa manía de querer ser monja para vivir siempre á mi lado?

La heroica joven se puso en pie, al parecer tranquila y mudada; las fuentes

de sus ojos se secaron de repente, y con ademán tan humilde como sereno, contestó:—Papá, eso no puedo; Dios me llama para sí, y yo debo ser de Dios.

—¡Fanática!—volvió á gritar su padre otra vez enfurecido: y empujándola con aire hacia la puerta, añadió, rechinando los dientes: Vete de aquí y ten entendido que como te echo de este cuarto te echaré de casa si no desistes de tu capricho.

—Entonces—dijo ella desde afuera—entonces, levantando los ojos al cielo podré decir con verdad lo que dijo San Francisco en igual caso: Padre nuestro que estás en los cielos. Y estoy segura que aquél padre no me abandonará.

—¡Canalla! vociferó él, viéndose de este modo vencido por su hija; la sangre se le subió á la cabeza, y cogió una silla para tirársela á tiempo que ella se encerraba en la habitación inmediata, diciendo con muy humildad: Pero, papá, ¿á quién se debe obedecer primero, á Dios ó á los hombres? Júzguelo usted, papá, y verá cómo se tranquiliza.

La pobre chica tenía razón; pero ¿de qué sirven las razones á un hombre encolerizado que no las quiere comprender? En fin, él viendo que ya no podía desahogar el enfado con su hija, se fué á buscar á su esposa que no sabía lo

que pasaba, y con ella sostuvo algo impaciente este interesante diálogo:

—¿Sabes lo que pasa, Fernanda? No he matado á tu hija, porque sé ha encerrado en tu cuarto.

—¿Pero qué ha sucedido?

—Que tu hija me ha faltado. Le he hablado con la confianza y el cariño de padre y me ha dicho, ¡pásmate! me ha dicho con muchísimo desparpajo y con una insolencia digna de que la hubiera abofeteado que..... ¡fanática!

—¿Qué, hombre, qué? ¿Quieres acabar de decirme lo que te ha dicho?

—Que quiere ser *monja*. Que quiere ser Adoratriz.

Y eso es todo lo que te ha dicho?

—Pues, ¿qué más podía decirme? Hasta me ha insultado diciéndome que será monja por encima de mi cabeza.

—Vamos, hombre, no seas tan impetuoso. ¿Qué cosa más natural que una niña que ha pasado unos cuantos años en un colegio, educada por unas religiosas, quiera ser como sus maestras? ¿No comprendes que hasta hoy no ha habido para tu hija nada más bonito que una monja? ¿Qué extraño, pues, que quiera serlo? Déjala decir y rezar y soñar con su velo, y su hábito, y la paz del claustro, y la antesala del cielo, como ella le dice. Poco á poco se le irá pasando todo eso. No tengas pena, hombre; que

si es cosa de la naturaleza y no de la gracia, si es capricho suyo y no vocación divina, pronto perderá ese barniz místico que ha sacado del colegio; y si es obra de Dios en vano nos opondremos á ella porque Dios la realizará á pesar nuestro.

—¿Pero no ves que si se empeña en ser monja, vamos á quedar en el más completo ridículo? ¿Qué diría entonces la familia de Valdelirios?

—¡Bah! que no sería la primera que por consagrarse á Dios renunciaba una pingüe fortuna y una boda brillante.

—Me gusta la frescura. Yo no puedo permitir semejante cosa.

—Pues mira, el mejor remedio que hay para eso es dejarla decir y hacer.

—Pues no la dejaré.

—Pues, si no la dejas, no harás otra cosa que machacar en hierro frío y ser causa de que la chica se empeñe en ello. Si antes le enamoraban sus monjas por las caricias y regalos que le prodigaban, al verse ahora contrariada y maltratada en su casa, deseará perderla de vista para volver al convento. El único modo que hay de arraigar en ella la manía religiosa es que te tome por un mal cristiano que quieres quitarle su vocación y sus ideas religiosas; porque entonces aborrecerá la casa y estará siempre suspirando por el convento.

Aquí reconoció el marido que su mujer tenía razón, y que el procedimiento por él empleado había sido contraproducente. Entonces comenzó á decir en su interior: Esto se llama ir por lana y salir trasquilado. Bueno, en adelante emplearé otro método: que haga lo que quiera.

Doña Fernanda, que leía estas reflexiones en el semblante de su esposo, terminó diciéndole:—Vaya, quédate tranquilo, y déjala soñar con sus monjas, que yo cuidaré de ella.

—Bueno, cuida tú de ella.

¡Ella! ¿Pero quien es ella?—te habrás preguntado tú más de una vez, pacientísimo lector, durante este capítulo. Pues si quieres saberlo, sigue leyendo que voy á satisfacer tu curiosidad en el siguiente.



CAPITULO II

Quién era ella.

ELLA era hermosa como la sonrisa de un ángel, bella y encantadora como las alboradas de Mayo. Tenía por nombre Inés, palabra que en su original latino significa ovejita.

Predestinada esta ovejita de Dios para reinar entre las vírgenes sin mancha, supo conquistarse aquella inmortal corona con su santa vida, vida tan angelical como llena de misterios.

Según los datos, que yo tengo recogidos para escribirla, antes que Inés hubiera visto por vez primera la dulce luz de los cielos, un día oyó su Madre en el fondo de su alma estas palabras misteriosas: “Conságrame ese fruto de tus castos amores, porque para mí la quiero.”

La afortunada madre no dudó que aquellas palabras expresaban un deseo del Corazón divino de Jesús, y le consagró la hija de sus entrañas, apenas vino al mundo.

La niña crecía al lado de su buena madre como flor en templado invernadero, como arbusto plantado en las márgenes de un río: sus pensamientos eran flores de virtud, y sus obras frutos de santidad.

Los ángeles fabricaron en el corazón de Inés un nido de amores, de amores divinos; y ella moraba en su nido abstraída por completo de las cosas de la tierra.

Muchas noches tenía la joven Inés sueños de gloria, y en sueños la visitaba un ser divino envuelto bajo un velo transparente y misterioso.

Una noche la dijo: "Hija mía, dame tu corazón, porque para mí lo he criado; si me lo entregas serás dichosa, con dicha incomparable, sin que nadie pueda menoscabarla, ni apartarte de mi lado, porque donde tú estés, estará siempre el Amado de tu alma. Dime, Inés, ¿quieres ser esposa mía?"

El júbilo inundó el alma de Inés, como inunda los campos el torrente desbordado que se desprende de los montes, y quiso contestar con los labios, pero como estaba dormida no pudo hacerlo.

En cambio un suspiro amoroso salido del fondo de su alma, dió al misterioso personaje respuesta afirmativa; y éste desapareció diciéndole como el ángel

del Apocalipsis: "Seme fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida."

Desde entonces comenzó Inés á sentir hastío de las cosas de la tierra, y deseos inefables de las cosas del cielo; los sentimientos de su alma eran tiernos, como el tallo de las plantas, y puros, como las gotas de rocío que cuelgan de las flores.

Nunca recordaba aquel sueño venturoso, sin que acudiera á su mente la celda solitaria, el retiro del convento y otras mil imágenes seductoras que veía oscilar su fantasía bajo las bóvedas del claustro. Este es, se decía, éste es el palacio de mi Amado, ¿quién pudiera volar de él!

Sus deseos no tardaron en cumplirse, porque á los once años entró Inés en un convento, donde estaba una tía suya, hermana de su padre, el cual (lo diremos de paso) vió con sumo gozo la entrada de su hermana en el monasterio, por lo mismo que le dejaba á él único heredero de las riquezas de sus padres; aunque á decir verdad, Inés no entró precisamente en el convento, sino en un colegio de educandas que las monjas tenían allí, contiguo á la clausura. En él eran educadas las jóvenes que entraban, no á la francesa, como suele pasar en otros centros de enseñanza, sino puramente á la española, con lo cual logra-

ban las religiosas formar doncellas pun-donorosas y recatadas que odiaban la coquetería; esposas de costumbres intachables, tan recogidas como las mismas doncellas; madres que sabían apreciar su santa dignidad y amaban las faenas y el retiro de sus casas, como ama la tórtola el nido donde duermen sus polluelos.

Cuatro años estuvo Inés en el colegio: y cada vez que su padre la sacaba á veranear, durante las vacaciones, le parecía la chica muy compuestita y muy mona. Era muy bien mandada, eso sí, pero alegre como unas castañuelas, cantadora como un grillo y traviesa como una mariposa. Así es que nunca le pasó por el pensamiento que Inés quisiera ser monja; pero sí pensó muchas veces que podía ser la esposa del conde de Valdelirios. Esta idea le halagaba tanto, y podía tanto con él eso de tener una hija *condesa*, que este pensamiento fué la ilusión de toda su vida. Por otra parte esa ilusión no carecía de fundamento, porque el condesito de Valdelirios parecía estar prendado de Inés.

Ella, no obstante, pensaba de otro modo, y por dicha suya el último año que pasó en el convento hizo los ejercicios espirituales de San Ignacio en compañía de su tía; y en ellos conoció claramente que Dios la llamaba para sí. La

vida del mundo, que apenas había gustado en los meses de veraneo, le daba miedo, le horrorizaba, y todas las potencias de su alma la impulsaban hacia Dios con dulce violencia. No sabía los designios de su padre; pero le parecía que había de oponerse enérgicamente á su resolución. Ir á su casa le espantaba, porque era ponerse en las garras del mundo que procuraba rendirla y hacerla suya; y por eso escribió á su padre, notificándole su resolución, para que no fuese más por ella. La contestación que recibió fué, ver entrar á la señora Prudencia, el ama de llaves, que venía de parte de su padre á sacarla del convento y llevarsela, con el pretexto de que la viruela invadía la ciudad donde el convento radicaba, y él quería irse con toda su familia á respirar el aire puro de las montañas á una de sus magníficas propiedades.

Inés fué recibida en su casa con mucho entusiasmo y alborozo. Desde su padre, hasta la más última de sus criadas, todos se miraban en ella. Suele decirse que no hay quince abriles feos; y los de Inés no solamente no eran feos, sino que eran los más hermosos que imaginarse pueda. Alta, esbelta, airosa y agraciada parecía hecha de encargo por la madre naturaleza, para mostrar hasta dónde puede llegar la hermosura exte-

rior del bello sexo. A estas relevantes dotes unía Inés unos modales finísimos, una prudencia extremada, una humildad sin límites, y, sobre todo, una modestia tal, que nadie ponía en ella los ojos sin sentirse de repente inclinado á la virtud.

Cuando llegó á su casa, distribuyó sus ocupaciones con la misma regularidad que las tenía en el colegio, y esto fué lo que empezó á disgustar á su padre, que deseaba verla brillar en el mundo. Nada más ajeno de Inés que este deseo de su padre, y como él quería que su hija se dejase de monjas é hiciera su voluntad, un día que estuvo mal humorado, sin pararse en pelillos, fué á buscarla, y con formas impropias y descompuestas le habló y le amenazó tan de mala manera que, como ya se dijo, fué por lana y salió trasquilado; es decir, confirmó más á su hija en la manía que él quería quitarle.

Pasada aquella triste escena y serenados los ánimos, Inés fué á pedirle perdón á su padre, antes que anocheciera; y él, que no tenía el corazón ni insensible ni duro, al ver la hija á sus pies postrada, pálido el semblante y los ojos llozosos, estuvo á punto de romper á llorar como un niño y sintió impulso de pedirle perdón á ella por el malísimo rato que le había dado. Era la primera vez que veía una persona á sus pies, haciendo un acto de hu-

mildad profunda, y como las almas generosas imitan lo bueno que ven, la suya se humilló también, cuanto como padre podía humillarse, levantando á su hija del suelo y consolándola. Constante en su propósito de emplear un método distinto con ella, comenzó á llenarla de caricias, diciéndole al mismo tiempo que no le gustaba oírle hablar de monjas ni conventos, porque ya no era una niña, sino una mujer hecha y derecha, y debía tener más altos pensamientos, fijando su vista en el porvenir. Aquella conferencia fué tan suave y dulce, como brusca y amarga había sido la anterior, hasta que por fin hija y padre la terminaron, ella repitiendo muchas veces: Papá, no me niegue usted esa gracia; y él contestándole otras tantas: Hija, no me hables tú de eso; sin que sepamos hasta hoy cuál fué de los dos el último en pronunciárlas.

Ella, sin embargo del cariño que de allí en adelante vió en su padre, y no obstante el delirio con que su madre la amaba, vivía ansiosa de abandonar la casa paterna, que miraba como á cárcel, y volar al convento, donde esperaba gozar la libertad de las esposas de Cristo. Dos veces, además de aquélla, había vuelto á declarar los deseos de su alma al distraído padre, y otras dos había recibido la misma cruel negativa. —¿Tú

monja? ¡Ingrata! ¿Tú abandonar á tu padre? ¡Jamás! ¡Ni pienses tal cosa, ni me hables más de eso!

Y aquí volvían los dos á su antiguo estribillo:

—Papá, no me niegue V. esa gracia.

—Hija, no me hables tú de eso.

—Papá, no me lo niegue V.

—Hija, no me lo pidás tú.

Y así porfiaban hasta que Inés cedía.

La pobre joven ahogaba en silencio sus penas y esperaba confiada que, siendo su vocación obra de Dios, Dios terminaría la obra que ella había comenzado, y con esta esperanza empezó á vivir tranquila en casa, amando mucho á su padre.

—Y dale con el padre, ¡canario! ¿Quién era ese hombre? ¿Cómo se llamaba?

—Vamos, lector discreto, ten paciencia, que de seguida lo vas á ver.



CAPITULO III

Quién era él, con otras cosas necesarias para la buena inteligencia de esta historia.

PUES nuestro hombre, lector amigo, llamábase Agustín. Y no vas á creer que es un mal cristiano, porque lo has visto maltratando á su hija sin razón, y diciendo peste de las monjas; que todo eso fué efecto de un acaloramiento, de una de tantas debilidades como el hombre tiene. Es verdad que él no es un católico ferviente y práctico, es decir, un católico íntegro; pero tampoco es malo del todo. A nadie mejor que á él le cuadra el sobrenombre de moderado, porque en materias religiosas es grande amigo de la moderación. No le disgustan los sermones ni las funciones de Iglesia; pero debe tener, á lo que parece, una teología muy cómoda para su uso particular, porque á fin de no alarmar á ningún partido, hace poco ca-

so de las doctrinas de la Iglesia y de las enseñanzas del Papa. Es el *hombre de orden*, morigerado y de buenas costumbres; quiere que le tengan por honrado y hasta por bueno; pero no por beato. En materia de piedad no aspira á mucho; en política se conforma sin dificultad con los hechos consumados, y se incomoda fácilmente con la intransigencia de los pícaros íntegros. Es, además, partidario del justo medio, y aprueba con toda su alma el presente orden de cosas, por aquello de que el siglo XIX no es el siglo XVI, y por aquello otro que el adagio dice: "Del lobo un pelo..."

Por estas señas tan marcadas, ¿no conoces todavía quién es nuestro hombre, distraído lector? Pues entonces, dígame con franqueza que eres muy cándido y que te fijas poco, porque el tipo que te he presentado abunda por desgracia en estos calamitosos tiempos. Pero, en fin, para completar el retrato, te diré que Agustín es un rico propietario de trato muy sencillo, enemigo del bullicio de la ciudad, y muy amigo de la vida del campo tan dulcemente cantada por Fr. Luis de León. Aunque tenía casa en Sevilla, gustábale pasar gran parte del año en una hermosa hacienda ó quinta que poseía en el Condado de Niebla. La quinta, cuyo término era muy vasto, contenía dentro de la cerca (además de

su gótica capilla,) un lugar espacioso, su molino de aceite y una huerta deliciosa. A esta propiedad se había trasladado con su familia, huyendo de laviruela, pocos días después que Inés salió del colegio.

Esta, siempre amiga del retiro, se había hecho formar en el interior de la huerta una estrecha cellita, donde se retiraba á leer, á rezar sus devociones y hacer su oración; oración en la que Dios le comunicaba dulzuras inefables, consuelos divinos, que aumentaban su hastío del mundo y sus deseos de morar en el claustro.

Una tarde que salió de la oración emocionada, se sentó en la huerta bajo un corpulento y florido naranjo, de aquellos que perfuman el ambiente en las béticas praderas.

Sus ojos hermosísimos, que tenían el color de un cielo sin nubes, derramaban copiosas lágrimas; y sus labios, hechos al parecer con hojas de amapolas, dejaban escapar de su pecho un hondo suspiro.

¡Ay! ¡murmuraba aquél ángel de la tierra! ¡Ay! ¡si mi padre me dejara ir al convento para consagrar en él mi corazón al dulcísimo Jesús! ¡oh, dicha negada á mis deseos! ¡oh, felicidad por la cual lloro inútilmente! ¡oh, que desgracia, ser tan querida de un padre, que no me quiera toda para Dios!

Así expresaba Inés su sentimiento á tiempo que el sol se ocultaba, escondiéndose entre los olivos que tan frondosos crecen en aquél fértil suelo de Andalucía. El labrador soltaba sus bueyes, el campesino dejaba sus afanes y todos volvían alegres á su hogar á gozar del descanso de la noche. Las aves daban el último adiós á la luz del día; el corderito retozaba jugueteando en el prado, aprovechando el crepúsculo vespertino; el perro ladraba alegremente; el ruiseñor escondido en la enramada soltaba al aire algunas notas sueltas, como si quisiera ensayarse para los divinos conciertos con que obsequia á la Inmaculada en el mes de las flores; y estas exhalaban de su pequeño cáliz una fragancia embriagadora, la que unida á la hermosura del cielo, á la suavidad del clima, á la transparencia de una atmósfera brillante y al canto del ruiseñor, hacía de la huerta de Inés un traspunto del paraíso.

Las campanas del vecino pueblo dejaban oír á lo lejos un eco grave, solemne, meditabundo y sonoro, invitando á la oración; y el campesino, que conserva su fe pura, como el aire de sus campos, se quitaba el sombrero y con la cabeza descubierta se paraba á rezar en medio del camino.

Al oír la campana, Inés se levantó también á rezar el *Angelus*.

No bien lo había terminado, cuando vió venir, corriendo hacia ella, al perrito de casa, meneando la cola y haciéndole fiesta. Inés lo acarició, y mientras le pasaba la mano por el cuello le decía: Leal, ¿vienes á decirme que papá vuelve del campo? Pues vamos á recibirle; y el perro, saltando de gozo, cual si la hubiera entendido, tomó la delantera y la guió á la puerta principal, que daba frente á un magnífico paseo.

Por él venía Agustín, con su escopeta al hombro, satisfecho de haber visto el ganado en aumento, las mieses sazonadas y los trabajadores contentos de su amo, á quien llamaban á boca llena el padre de los pobres. Traía en su compañía á su hijo Jacinto, joven de bella postura, muy amante de su padre, y tan despejado para resolver una duda en el bufete, como listo para dirigir en el campo un apero de labranza.

Quando vieron venir á Inés, su hermano se adelantó para ofrecerle un pájaro volantón que había cogido en el prado; y entonces Agustín se abandonó á un sentimiento indefinible mezclado de gozo, de gratitud y de orgullo. ¡Dios mío! decía, ¡soy feliz en cuanto puede serlo un hombre! He visto prosperar mis ganados y fructificar mis campos: veo las cañas del trigo inclinadas al suelo con el peso de las espigas, los olivos carga-

dos de aceitunas y las viñas prometiendo abundante cosecha; veo á mi Jacinto mostrarse digno de una dicha mayor que la mía, y ahora, al llegar á casa, donde me espera para cenar una esposa amada, me encuentro con mi Inés, con el ángel de mi casa, con . . . ¡ay! con un ángel del cielo, enviado por tí á mi hogar para hacer la felicidad de mi familia. ¡Oh, Dios mío! ¡no me prives de mi dicha! ¡No me castigues, si deliro por mi Inés!

Aquí se detuvo para saludar á su hija que se le acercaba, y en cuya frente depositó un tierno beso.

—Inés, le dijo después, ¿no te parece que tenemos sobrados motivos para bendecir á Dios? ¿Habría en España una familia que no envidiara nuestra dicha, si la conociera?

—¡Ay papá! En el mundo no hay dicha cumplida; siempre falta algo para ser una feliz.

—¿Qué te falta, Inés? Dímelo pronto, y lo tendrás en la mano, aunque sea un brazaletes de oro ó una corona de perlas.

—No necesito tanto, padre mío; me contento con una corona de flores sobre mi toca blanca, después de haberme consagrado á Dios en el convento.

—¿Qué dices, Inés? ¡Tú siempre á la tuya! El convento que á tí te conviene es un palacio, y tu corona ha de ser

una corona conal. ¿No sabes que el conde de Valdelirios?

—¡No, papá—interrumpió Inés sin dejarle proseguir— si usted me ama, si desea mi felicidad, me ha de permitir que tarde ó temprano me retire á un monasterio.

—Bien, no hablemos de eso que me da pena; eres aún muy niña, y no parece sino que piensas que yo no te quiero, según pretendes alejarte de mi lado.

—¡Por Dios! ¡Papá! Ya sé que me quiere usted demasiado, mucho más que yo merezco, y esto me hace creer que me permitirá V. hacerme religiosa cuando sea mayor: ¿es verdad?

—Veremos, hija, veremos.

En esto entraban en la quinta, donde las criadas afanosas, por orden de la señora, preparaban la mesa para la cena debajo del emparrado. Al verlos entrar hicieron á su amo un saludo respetuoso, y enviaron una amable sonrisa á la *Amante de la virginidad*; así llamaban á Inés.





CAPITULO IV

La prisión: Cuadro de costumbres andaluzas.

DIEZ minutos después se hallaba la familia de Agustín reunida en el cenador de las parras, situado en medio del jardín: allí comían en santa paz la exquisita caza que Jacinto había cogido aquella misma mañana en el soto de arriba. Agustín llenaba las copas de un vino más oloroso que el de Montilla, y su esposa separaba de su plato el pedazo más tierno de una liebre para Fernandito, el menor de sus hijos.

Terminada la acción de gracias, cada mochuelo voló á su olivo: Inés se retiró para hacer á solas una comunión espiritual, según lo prevenía el reglamento que con todo escrúpulo observaba: Carmen, la hija mayor de casa, salió á juntarse con las criadas y las hijas de los colonos, que tramaban aquella noche una conspiración contra su ama: y Jacinto había empuñado ya su guita-

rra, y rasgueaba de firme sentado entre los rosales de la huerta. Sólo Agustín y su esposa permanecían en el cenador, porque hasta Fernandín había salido fuera, jugando con el perro. De repente paró el rasgueado de la guitarra y se oyó la voz de Jacinto vibrante y sonora, que lanzaba al aire esta copla:

Mis encantos son las flores,
Mi diversión la guitarra,
Y mis placeres mayores
Remediar una desgracia.

Una salva de aplausos estalló en la puerta del jardín, antes que Jacinto terminara la última nota. Eran los trabajadores de la quinta, que unidos á las criadas y capitaneados por Carmen, venían á prender á la señora: costumbre sencilla y divertida que tienen los andaluces, cuando sus amos son buenos y les inspiran esa confianza que es hija del respeto y del cariño verdadero. Esto pasaba el veintinueve de Mayo, y la esposa de Agustín se llamaba Fernanda, con lo cual damos al lector la clave para descifrar el enigma de esta prisión.

El grupo de aldeanos y criadas entró tumultuosamente en el jardín, llevando á Carmen por guía. ¿Qué habrá pasado? dijo Agustín, sin caer en la cuenta. ¿Qué

será eso? repuso doña Fernanda algo sobresaltada. ¡Ya! ¡ya! exclamó Agustín riéndose, y su risa llevó la calma al corazón de su esposa, que se vió como por encanto rodeada de colonos y aldeanos.

¡Dése usted presa! gritaban unos: ¡presa! contestaban otros: y entretanto la rodeaban de una larga faja que al efecto llevaban preparada.

La pobre señora no sabía qué hacerse y Agustín se reía de lo lindo, viéndola tan sitiada de aquellos que se decían alguaciles de la misericordia.

—¡Vaya! gritaba Carmen, para hacerse oír entre todas: ¡no faltaba más! ¡que es mañana San Fernando, y que fuera la señora á pasar el día sin pagar lo que debe en obsequio de su santo!

—¡A la cárcel, hasta que pague, contestaban los demás!

—Y que la redención del alma, añadía otro, ha de costar mucho, porque ella lo vale: con que ya puede D. Agustín preparar la bolsa.

—¡No, no!—decía Agustín, tomando parte en la broma. Yo no la redimo, que la rediman sus hijos: bastante me ha costado ya; ¡á la cárcel con ella! Y él mismo, asiéndola de la mano, la condujo con los hombres de la faja á un extremo del jardín, entre los vítores y aplausos de los trabajadores que mar-

chaban detrás de sus amos colmándolos de bendiciones.

Fernandín se había cogido á las faldas de su madre y haciendo coro con los demás gritaba: ¡a peso! ¡á peso! ¡á la cáce! ¡á la cáce! ¡Guau! ¡guau! ladraba el perro, como si quisiera contestar medio en francés á lo que el chico decía en mal español.

En esto llegaron al aposento que servía de invernadero en el jardín, y entre sus cristales dejaron presa á la noble y piadosa señora.

Nunca el invernadero estuvo tan lleno de flores como ahora, decía el hortelano, señalando á doña Fernanda. ¡Que saquen á la señora! gritaban las criadas; ¡que la rediman! decían los trabajadores. ¡Que se redima! ella contestaba Agustín.

—¿Yo? ¡si no tengo en el bolsillo más que tres pesetas! ajustemos el precio del rescate, y que me dejen salir, que yo lo pagaré.

—¡No! reponía Agustín, deseoso de alargar aquel rato de placer que disfrutaba el hermoso corazón de su esposa, con tan sencilla escena; no la dejen salir, que la rediman sus hijos.

—Que la redima el señorito que tiene muchos cuartos, decía Prudencia, el ama de llaves. ¡Mejor Inés! decían otros. ¡No, Inés, no! gritó desgañitándo-

se una pobre vieja. ¡Inés, no! Angelito mío: todo lo que tiene es para los pobres y para las viejecitas como yo. ¿Qué podrá ella dar por el rescate de su madre?

En esto llegaban Inés y Jacinto á tomar parte en la prisión de su madre. ¿Mamá, usted cautiva? le preguntaba riendo.

—Y que lo estaré hasta que entre los dos me redimáis.

—¿Y en cuánto está ajustado el rescate de mi madre?

—¡En lo que usted quiera, señorito! ¡En lo que diga la señorita Inés!

—Pues yo doy por su rescate dos carneros de los mejores del rebaño, y una cántara de vino. Mañana muy temprano el capataz repartirá dos libras de carne y una botella de vino por familia, para que todos ustedes celebren el día de San Fernando á la salud de mi mamá.

—¡Bien, bien! gritaban los hombres. ¡Bendita sea su boca! decían las mujeres: ¡Es una santa! repetan los criados. Es el ángel de mi casa, decía Agustín emocionado y limpiándose una lágrima de gozo que habían arrancado de sus ojos los justos elogios tributados á su hija.

—Yo, añadió Jacinto, para remate de fiesta daré un puro á los trabajadores, y Carmen un pastelito á las mujeres.

—¡Bravo, bravo! ¡Que se ponga á la señora en libertad!

Inés abrió la puerta de la supuesta cárcel y con los brazos abiertos recibió á su madre. Al besarla ésta con delirio le dijo Inés al oído: A ver cuándo me saca usted de la cárcel en que yo estoy, y me da libertad para volar al claustro. Otro beso ruidoso fué la contestación que dió á su hija la buena doña Fernanda.

Los trabajadores, después de pedir á la señora dispensa por tanto atrevimiento, se despidieron de sus amos llenos de satisfacción. ¡Qué buenos son! decían por el camino, ¡qué buen humor tienen! Nos tratan no como á criados, sino como á parientes y amigos. Dios los bendiga y aumente sus riquezas para remedio de nuestras necesidades.

Jacinto por su parte había vuelto á su guitarra; Inés á su oración, Carmen á su tertulia. Los dos esposos emprendieron en el jardín un paseo, con esa dulce satisfacción que produce el socorro de una desgracia ó el placer de verse queridos de todo un pueblo.

—¡Qué buenos hijos nos ha dado el cielo! decía Agustín á su esposa.

—Sí; ellos son la alegría de nuestra casa, nuestro consuelo y el báculo de nuestra vejez.

—Pero, sobre todo, esa Inés, si los

ángeles tomaran alguna vez forma humana, yo creo que escogerían la de ella. ¡Oh! ella cerrará mis ojos; nunca consentiré que se aparte de mi lado.

—Pues qué, ¿tú crees que Inés será religiosa?

—Sí, que lo creo.

—¿Y en qué te fundas?

—En que Dios la quiere para sí; Dios la llama claramente, y nosotros no debemos oponernos á la voluntad divina.

—¿Cómo? ¿Y consentirás que se aparte de tu lado?

—Lo veré con pena; pero me conformaré, si Dios lo quiere. ¿Cuánto mejor estará ella en un convento rogando por sus padres, que no en un palacio, en poder de . . . no sabemos quién . . . que le hará víctima de sus caprichos?

Lo que toca esa joya no es digno ningún hombre de poseerla: sólo á Dios le entregaría yo de buena gana esa hija mía, aunque me costara el hacerlo torrentes de lágrimas. Porque si de todos modos, casada ó monja, se ha deseparar de nosotros, ¿cuánto más vale dejarla en el claustro, llevando una vida angelical, que no sujeta al arbitrio de un hombre?

—Sí; todo eso es verdad, pero yo no puedo resolverme á decirle que sí. ¡Es tan joven todavía!

—Pues al menos no la hagas padecer

tanto: dale siquiera esperanzas. ¡Si tú vieras cuántas veces me la he visto en la capilla deshecha en lágrimas, pálida y amortecida por tus bruscas negativas!

—Mujer, ¿y qué quieres? la amo tanto, que no puedo sufrir que me hable de monjío.

—Eso es, y por no sufrir tú un poco, haces que la pobre niña se consuma de penas, y se ponga más desmejorada cada día. Mira, ella quiere ir al Loreto para la Porciúncula y quedarse allí dos ó tres días con Flora, su amiga de colegio. Mira, que no se lo niegues.

—¿Tú la acompañarás?

—Iremos todos á ganar el jubileo.

Aquí interrumpieron su diálogo para escuchar de nuevo la voz de Jacinto que entonaba la última estrofa del himno vespertino.

Al acabarse este día,
¡Oh mi Dios! yo te bendigo,
Porque tu bondad divina
Me ha librado de peligros.

